

PRÓLOGO

Un planeta católico. Los Habsburgo y las devociones

VÍCTOR MÍNGUEZ CORNELLES
INMACULADA RODRÍGUEZ MOYA
Universitat Jaume I

En 1487 una imagen de la Virgen regalada por el archiduque Maximiliano de Habsburgo al rey Fernando II de Aragón resultó ser decisiva en el asedio de Málaga y en la posterior conclusión de la guerra de Granada: la Virgen de la Victoria. Otra imagen mariana mestiza realizada pretendidamente por manos no humanas y aparecida en 1531 en el cerro mesoamericano de Tepeyac fue esencial para la evangelización de las masas indígenas y la integración de estas en la sociedad colonial americana: la Virgen de Guadalupe. En 1571 el papa Pío V atribuyó la destrucción de la escuadra otomana en Lepanto a manos de la flota de la Santa Liga, comandada por don Juan de Austria, a la Virgen del Rosario. La noche del 7 de diciembre de 1585, tras la asombrosa victoria de Empel en Brabante atribuida al hallazgo de una imagen mariana, los tercios de Flandes e Italia —la más formidable arma de la maquinaria militar imperial— proclamaron a la Inmaculada Concepción su patrona. En 1594 llegó al Real Monasterio de El Escorial procedente de Alemania la milagrosa hostia de Gorkum profanada por los reformistas, convirtiéndose en la joya de su relicario, y este, junto con los de los conventos habsbúrgicos de las Descalzas Reales, Santa Isabel y la Encarnación, atesoraron las reliquias perseguidas en el norte de Europa. En 1617 juraron a la Inmaculada las Cortes de Castilla. Durante las décadas siguientes los Austrias hispanos convirtieron en cuestión de Estado la canonización de un rey de su linaje, que resultó ser Fernando III de Castilla en 1671.

Todos estos episodios ponen de relieve la sacralización de la política habsbúrgica y la construcción del Imperio español bajo el signo de la fe. La Europa de los estados modernos surgida del Renacimiento combatió durante más de un siglo a sangre y fuego en las guerras de religión y en las fronteras mediterránea, africana, asiática y americana. En este conflicto interminable la Iglesia católica, rearmada en el Concilio de Trento, encontró en la Monarquía Hispánica su más firme aliado para vencer a herejes, paganos e infieles. Por su parte, los Habsburgo, desde las cortes de Madrid y Viena, mantuvieron incansable un pulso formidable en todos los frentes para hacer posible el sueño de un planeta católico gobernado por una sola familia. Para ello su política providencialista se apoyó en un espectacular aparato artístico en el que el uso de la imagen sacra resultó decisivo.

Con objeto de determinar el significado, uso y alcance de estas imágenes que representaron los cultos habsbúrgicos durante la Edad Moderna, el grupo de investigación Iconografía e Historia del Arte (IHA) de la Universitat Jaume I organizó el VI Simposio Internacional «Iconografía y forma: Visiones de Inmaculadas, reliquias y santos. Devociones y milagros de la casa de Austria», que tuvo lugar los días 4, 5 y 6 de octubre del 2017 en el edificio Menador Espai Cultural de la ciudad de Castellón, espacio gestionado conjuntamente por el Ayuntamiento de esta y la Universitat Jaume I. IHA es un grupo de investigación especialmente interesado en el análisis de las imágenes del poder en el arte occidental, desde los modelos que se establecieron en la Antigüedad clásica a la Europa medieval y moderna. Preferentemente en las cortes y ciudades del Antiguo Régimen a ambas orillas del Atlántico, y llegando incluso a los albores del mundo contemporáneo, cuando los imaginarios patrióticos y románticos de los estados nacionales sustituyeron las iconografías imperiales y regias. Nuestra trayectoria está jalonada por multitud de publicaciones editadas y congresos organizados sobre este universo ideológico y cultural en el que convergen y se integran todas las artes: el urbanismo, la arquitectura, la pintura, el grabado, los tapices, la escultura, la numismática, el teatro, los espectáculos, la poesía, la ceremonia y la música. El ámbito de la religión y su denso y complejo universo de ceremonias, taumaturgias y milagros, y especialmente su proyección en las monarquías y sociedades cortesanas, no podían dejar de interesarnos. Y aún más si se centran en los escenarios de la dinastía más importante de Europa durante la Edad Moderna, los Habsburgo, familia a la que hemos dedicado ya numerosos proyectos de investigación.

En el siglo xvi, periodo en el que se centran gran parte de los estudios recogidos en este libro, la casa de Austria gobernó Alemania, Hungría, Croacia, Bohemia, España, Portugal, Países Bajos, Nápoles, Sicilia, Transilvania, Toscana e inmensos territorios en América, África y Asia, además de multitud de enclaves estratégicos en archipiélagos, islas y costas de los océanos Atlántico, Índico y Pacífico. Este enorme conglomerado de territorios, urbes y rutas marítimas, posible gracias a las exploraciones y los avances geográficos surgidos en el Renacimiento, era mayor que cualquier otra entidad política anterior que hubiera existido en algún momento desde los inicios de la civilización humana hasta el Quinientos, y nunca pareció tan posible, pese a dificultades realmente insuperables, unir el planeta bajo un solo poder.

La ambición hegemónica de los Habsburgo fue posible por su vinculación al Sacro Imperio desde mediados del siglo xv. Recordemos que esta institución había nacido cuando en el siglo viii Pipino el Breve se proclamó con autorización del pontífice *gratia Dei* —rey por la gracia de Dios—, siendo ungido por los santos óleos. Su hijo Carlomagno fue coronado en la Navidad del año 800 emperador de todos los romanos por el papa León III, convirtiéndose así en el primer emperador de Occidente, soberano titulado de toda la cristiandad y protector de la Iglesia. El 2 de febrero del 962 Otón el Grande fue ungido y coronado en Roma por el pontífice Juan XII, dando origen al Reich, el *máximo regnum Europae*, que ya en época de Federico I Barbarroja pasó a

denominarse Sacro Imperio Romano. Se sucedieron varias dinastías hasta que en el año 1273, tras el «Gran Interregno» que duró cinco lustros, fue coronado rey de romanos el conde Rodolfo I de Habsburgo, aunque sin ser proclamado emperador. A partir de ese momento y hasta el fin de sus días, el imperio quedó vinculado en mayor o menor medida a la casa de Austria.

Para dotar de providencialismo al conde Rodolfo, sus sucesores revistieron su figura de una señal que legitimase los derechos del linaje al trono imperial. Según una conocida leyenda, habiendo salido de caza en 1267 acompañado de su escudero Regulus van Kyberg, el conde encontró a un sacerdote que, seguido de su acólito, se disponía a cruzar un río para llevar el viático a un moribundo. Rodolfo y su escudero cedieron sus monturas al sacerdote y al acólito para que pudieran cruzar con seguridad el río. A continuación, el Habsburgo regaló el caballo al portador del viático, pues no quiso volver a montar ni en guerras ni en cacerías un caballo que había llevado a Dios, y el sacerdote, impresionado por su piedad, profetizó en ese momento la grandeza futura de la familia. Ya en el siglo XVI, a partir de las guerras de religión y del Concilio de Trento —que estableció el dogma católico de la transustanciación en el canon I de la sesión XIII—, la leyenda se convirtió en metáfora de una concepción sacra de la política que otorgaba a los emperadores y reyes Habsburgo un sentido mesiánico. La *Pietas Austriaca*, como se llamó a la devoción cristiana de la casa de Austria, se apoyaba fundamentalmente en la defensa incuestionable de dos misterios católicos, la eucaristía (*pietas eucharistica*) y la Inmaculada (*pietas mariana*), y se convirtió en el principal signo de identidad de la familia, con un enorme impacto y trascendencia en los rituales dinásticos y en las artes plásticas, especialmente durante el siglo XVII. Pero, junto a estas dos creencias, fueron muchos otros los cultos marianos, hagiográficos o teológicos que completaron el armazón de la fe habsbúrgica, como vamos a ver en las siguientes páginas.

El imperio habsbúrgico alcanzó su cenit ya bajo la cultura del Humanismo, cuando Carlos V, nieto del emperador Maximiliano I de Austria, heredó de sus padres los estados de Borgoña, Aragón y Castilla, además de las inmensas posesiones americanas de este último reino. Partiendo de estos dominios, el nuevo César, coronado emperador por el papa Clemente VII en Bolonia en 1530, soñó con la construcción de un imperio planetario cristiano que se extendiera por el Atlántico, el Pacífico, África y Tierra Santa. El cisma de la Iglesia y las guerras de religión arruinaron este proyecto, y en 1555 Carlos V cedió en Bruselas la corona imperial a su hermano Fernando, que ya había sido elegido rey de romanos en 1531, y la corona hispana a su hijo Felipe, estableciéndose de ese modo las dos ramas familiares que compartieron durante siglo y medio el gobierno de la mayor parte de los territorios europeos, coordinadas desde las cortes de Madrid y Viena. A partir de ese momento Felipe II estableció la monarquía católica con una dimensión geográfica universal que la convirtió en un imperio efectivo y hegemónico, aunque carente del título. Fue precisamente la ausencia de la dignidad imperial en Felipe II lo que llevó a sus apologistas a recobrar la vieja idea de la *monarchia universalis*, convertida ahora en un proyecto familiar, siendo el catolicismo trentino el instrumento

que le permitió al monarca integrar políticamente reinos y territorios tan distintos y distantes. Cultos como Santiago Apóstol, la Inmaculada Concepción, la Virgen del Rosario, la Virgen de Guadalupe, el *Corpus Christi*, Santa Teresa de Jesús, San Francisco Javier o Santa Rosa de Lima fueron esenciales para trazar el genoma y los contornos del anhelado planeta católico.

El simposio reunió a dieciséis especialistas en las devociones de la casa de Austria —procedentes de universidades de España, Bélgica, Austria y Polonia—, cuyas aportaciones científicas presentamos ahora editadas en este libro. Pero el congreso fue posible gracias a muchas otras personas, al margen de los ponentes, y a diversas instituciones, además de la Universitat Jaume I. Como directores del congreso y en nombre del comité organizador —Juan Chiva, Pablo González Tornel y nosotros dos—, queremos agradecer a los miembros del comité científico su respaldo al mismo: Luis Arciniega (Universitat de València), Kosme de Barañano (Universidad Miguel Hernández), Alain Bègue (Universidad de Poitiers), Alicia Cámara (Universidad Nacional de Educación a Distancia), Jaime Cuadriello (Universidad Nacional Autónoma de México), Laura Fernández-González (Universidad de Lincoln), Ricardo Fernández Gracia (Universidad de Navarra), Alexandra Kennedy (Universidad de Cuenca), Alfredo J. Morales (Universidad de Sevilla), Ramón Mujica Pinilla (investigador, Perú), Marta Penhos (Universidad de Buenos Aires), Belén Ruiz Garrido (Universidad de Málaga), Amadeo Serra Desfilis (Universitat de València), Andrea Sommer-Mathis (Institut für Kulturwissenschaften und Theatergeschichte), Cécile Vicent-Cassy (Universidad de París XIII) y Teresa Zapata Fernández de la Hoz. También a los miembros de la secretaría técnica, todos ellos integrantes del grupo de investigación IHA, de la Universitat Jaume I: Victoria Bosch, Eva Calvo, Antonio Gozalbo, Cristina Igual, Teresa Llácer, Ana Morant y Oskar Rojewski. También a las instituciones y asociaciones que hicieron posible económicamente el encuentro: la Generalitat Valenciana, a través de la ayuda para la organización y difusión de congresos, jornadas y reuniones científicas AORG/2017/115; el Ministerio de Economía y Competitividad, a través del proyecto del Plan Nacional de I+D+i HAR2015-365196-P; y el Comité Español de Historia del Arte (CEHA). Un agradecimiento especial merecen los dos grupos interuniversitarios que enmarcan actualmente y de forma prioritaria nuestra investigación: MAPA (Magnificencia, Poder y Arte) y la Red Columnaria, que también estuvieron muy presentes en el simposio. Y, finalmente, nuestro reconocimiento a la editorial Trea, por aceptar nuestra propuesta de publicación y por su buen hacer.